



La cuarta versión de Judas

Peronismo y cultura de izquierda, de Altamirano, Carlos. Temas grupo editorial. 2001. Reseña de Fernando Castelo.

Los años '90 han despertado entre muchos intelectuales “desilusionados” el apasionamiento por volver a esa pesada cruz de la historia política argentina que ha sido el peronismo. La razón de este retorno era demostrar que el fenómeno de Menem estaba profetizado en el viejo peronismo. Para citar sólo un ejemplo, el trabajo de Mariano Plotkin no puede ocultar al lector atento que, mientras la pluma recorre los 40 y 50, la cabeza del autor está en los diez “largos” años de Menemismo.¹ Todos estos trabajos tratan de analizar el aparato simbólico y discursivo construido por el régimen y reproducido tras la caída de Perón por sus partidarios.² Según estos autores hay un vacío intelectual en la visión de la historia encarada por el peronismo. Desde el Estado, Perón usufructúa una serie de imágenes históricas altamente contradictorias entre sí sin organizar una nueva hegemonía cultural. Queda así una suma caótica de significantes sin significados que los intelectuales deben darse a la tarea de organizar y llenar de contenido.

El autor que nos ocupa dará a estas ideas una vuelta adicional. Para él la relación entre intelectuales de izquierda y peronismo, desencontrada al principio, con los años tendrá que aproximarse a la simbiosis. Producto de ello aparecerá un peronismo “verdadero” opuesto al peronismo “pragmático” representado por la burocracia sindical, Perón, López Rega, Lúder, entre tantos. A los intelectuales no les alcanzará con que sea “el hecho maldito del país burgués”. Deberá ser una narrativa y una narrativa políticamente correcta. Aquí reside la tarea de “inventar”³ el peronismo (p. 9). Para Altamirano la historia del peronismo y de la izquierda será el producto de la acción de algunos sujetos (los intelectuales) con capacidad para organizar la realidad y cuyo fin estará en iluminar al resto de los individuos mostrándoles la verdad como Revelación. Para hacerlo deberán acercarse al pueblo; de ahí su necesidad de ser peronistas. Sin embargo, sobre ese pueblo peronista actúan otras fuerzas desarticuladoras que sólo pretenden utilizar a las masas para su propia subsistencia. Estas hipótesis estarán presentes en los ocho ensayos que forman el libro, de los cuales los tres primeros son inéditos, cuatro fueron publicados originalmente en las revistas Punto de Vista y Prisma entre 1992 y 1996 y uno en Latin America Studies Center Series (1992).

En el prólogo de Peronismo... el autor enuncia el tema central de los ensayos. Por más que parezca delirante: todo se articula tras la idea milenarista (p. 11), la realización de la Alianza de los intelectuales con el “pueblo”, la asunción de la culpa y el perdón. En fin, “las relaciones entre la esperanza escatológica y la esperanza revolucionaria [...] ofrece una clave



para enfocar ciertos hechos de la experiencia argentina reciente” (p. 12). Así, el primer ensayo narra el acto de contrición de la izquierda, en especial el Partido Comunista, tras la incompreensión del 17 de octubre y del régimen en general (p. 21). Para Altamirano este sentimiento de culpa por no haber interpretado el fenómeno peronista y no haberse encolumnado tras de él estará presente en toda la izquierda y determinará su accionar posterior.

El ensayo siguiente analiza la raíz historiográfica de la confrontación entre las dos Argentinas. Su intención es mostrar que en la dimensión de los discursos históricos se da el enfrentamiento peronismo/ antiperonismo. Retoma la idea de que en verdad la “ideología” peronista es un engendro pragmático. Es decir, que no constituye una “narrativa”, sino que es una concatenación de significantes vacuos que son cargados de sentido por la acción del “líder”.

Continúa con los “Duelos intelectuales” desarrollados tras la caída de Perón. Aquí la idea es mostrar el desarrollo de la “invención” del peronismo por la intelligentsia y probar una de las ideas fuerza de la compilación: el autor considera que la culpa es el motor que impulsa el acercamiento de los intelectuales de izquierda hacia el peronismo. Por tanto, este primer momento de “invención” del peronismo está organizado en torno de un principio ético (los primeros conversos serán Ezequiel Martínez Estrada y Ernesto Sábato).

Sigue con dos ensayos cuyo fin es observar el reacomodamiento de la izquierda a las nuevas relaciones de fuerza desarrolladas tras el golpe de 1955. Altamirano se interroga sobre los distintos modos de expiación y la articulación del duelo de los intelectuales hasta la reconstrucción de un nuevo ideal mesiánico. Así concluye por ver que la actitud flagelante tiene su primer motor en la percepción de los intelectuales de su origen de clase: la pequeña burguesía. En otras palabras, adjudica el desarrollo de un fenómeno político, la aproximación de una fracción de clase, en un principio opositora al movimiento peronista, no a los cambios de relaciones de fuerza posteriores al ‘55 sino a factores totalmente subjetivos: el sentimiento de culpa por ser pequeño burgués.

Los tres últimos trabajos se ocupan de mostrar de qué manera se lleva adelante el acto de contrición pequeño burguesa. El foco de la discusión está fijado por el peronismo. Más aún, por la existencia de dos peronismos. Uno, el empírico, pragmático, el real y, el otro, el “verdadero”... el mesiánico. El triunfo del peronismo “empírico” se evidenciaría por primera vez en la expulsión de la Plaza de la JP y Montoneros el 1º de Mayo de 1974. En este aspecto, resulta interesante ver cómo lo que caracteriza al Menemismo aparecería ya perfilado en aquel acontecimiento.

Ya es posible ahondar en los problemas más serios. Desde el prefacio el autor nos ha enunciado la intención de hacer una historia política y una historia de las ideas, razón suficiente



para intentar una lectura política y ver qué encontramos. El primer problema es que casi de inmediato verificamos que trata de ver el devenir histórico desde una estructura ahistórica. Lo religioso. Concepción que limita su análisis a lo individual, a lo subjetivo. A causa de ello cae en una contradicción irresoluble: durante todo el libro reproduce una de las críticas más vulgares al marxismo: su equiparación con una narrativa escatológica, donde el lugar del Mesías lo ocupa el proletariado y el Fin de los tiempos la Revolución. Además, sostiene que esa es la lectura que hicieron los intelectuales marxistas. Siendo así, el lector espera encontrar una explicación histórica y política superadora. Pero Altamirano expone en esos mismos términos su historia. Reivindica la idea de que la culpa judeocristiana es la que lleva a los intelectuales a formarse como “nueva izquierda”. Para explicar al “otro peronismo”, aquél que construye la idea de la revolución, hace uso del cristal religioso. No hay ninguna lectura política.

Por ejemplo, él mismo señala la crítica del dirigente peronista Ernesto Goldar hacia Walsh (p.111) y, sin embargo, no se da cuenta que es la explicación política más probable. La izquierda “intelectual”, el peronismo de izquierda, no hizo más que, como dice Goldar, “querer salvar al peronismo del peronismo” (p. 111). La crítica va dirigida hacia el “entrismo” de los intelectuales dentro del movimiento. Y esta es una explicación política. En este sentido, el fracaso del peronismo de izquierda comienza cuando Perón decide sacarse la máscara de clase (p.135 y ss.)... Así, a la JP y a Montoneros no le queda más que irse de la Plaza de Mayo. Obviamente, Altamirano trata de suplir la explicación política por un argumento donde juega la culpa. Es decir, la retirada de la Juventud Peronista de la Plaza sería causada, desde su postura, por la decepción hacia el Padre/ Líder que los reprende y los echa.

Otro de los problemas de su trabajo está relacionado con la noción de izquierda que maneja. Al parecer la Izquierda se reduce a un conjunto de organismos demonizados, los partidos, y a los intelectuales. Y en este último caso, sólo importa la subjetividad de los intelectuales que organizan la cultura de Izquierda. La carencia de una definición sustantiva⁴ restringe la búsqueda de Altamirano a la reproducción de lo que los sujetos dicen de sí y lo recrea como explicación de lo que realmente es. Esta posición lo ciega y no ve la constante política. Hay una inversión de la función intelectual. Esta inversión hace que la intelligentsia debe ir al peronismo para integrarse al “pueblo” en vez de cumplir la función de elevar la conciencia. Hay evidencias que la acción de los intelectuales los conduce al abandono de sus funciones políticas específicas. Es más, estas evidencias pasan delante de sus narices. Sin embargo, Altamirano, impávido, las deja pasar y cae en su propia crítica al peronismo “empírico”. Si éste peca de pragmatismo y no se da la tarea de constituirse en dirección ético



cultural, el peronismo “verdadero”, tampoco. Y, entonces, qué sentido tiene separarlos. Descartamos que el autor haya tenido jamás la intención de explicar por qué ha sido así.

Como su trabajo, al fin, es parte de una justificación corporativa de los intelectuales “desilusionados” tras el menemismo deberá mostrarnos que ellos son el único sujeto posible de la historia. Que son quienes pueden articular una “narrativa”. La idea de la intelligentsia de izquierda está ligada con el gran ausente en todo esto, el pueblo, el supuesto sujeto de la redención. Si bien él no lo dice, en el epílogo cita de Luis Alberto Romero para afirmar que ya no existe la clase obrera, que se ha extinguido el poder colectivo que aquella clase representaba (p.142). De esta manera sugiere que el pueblo, al fin, siempre ha sido como los perros de Pavlov que responden al estímulo de un discurso por naturaleza vacío sin fijarse en el acto real.

La conclusión que extrae es que aquel peronismo mesiánico, que fue asimilado por la izquierda, siempre fue un imposible. En este mismo sentido afirma: “el presente no es nunca el tiempo del peronismo verdadero” (p.109). En fin, el peronismo “verdadero” termina no siendo objeto histórico. O es una narración mítica o una profecía de la salvación. Respuestas no hay, pero sí abre un interrogante y es: por qué pretende que su libro sea un ensayo histórico. Tal vez si lo caratulara como New Age podría tener más sentido.

Para terminar, el resultado será que los intelectuales de “izquierda” ya no sentirán culpa por no acercarse al “pueblo” y la “cultura de Izquierda” no tendrá necesidad de la política. Claro está que la pugna por espacios académicos para estos “intelectuales” no es política. La expiación se ha llevado a cabo gracias al Menemismo. En otras palabras, como el “pueblo” es peronista y el peronismo es el Menemismo la “cultura de izquierda” académica y desilusionada justifica su desdén hacia la masa amorfa (como el PC en 1945). Ahora sólo profetiza un futuro para sí misma. Como en el cuento de Borges: si el Verbo debió rebajarse a mortal (Los intelectuales vueltos peronistas “verdaderos”), la salvación de la humanidad será concluida cuando el discípulo del Verbo deba rebajarse a traidor (Vandor, los dirigentes montoneros, Menem, o tal vez ¿ellos mismos?).

¹ Ver: Plotkin, M: *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Ariel. Bs. As. 1994.

² El ejemplo más claro de este género de análisis se puede hallar en: Svampa, M. y Martuccelli, D: *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Losada. Bs. As. 1997. Págs. 83 y ss.

³ Neiburg, F: *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural*. Alianza. Bs. As. 1998

⁴ Véase: Barton, A. et al.: “Izquierda. Apuntes para una definición de las identidades políticas”. En: *Razón y Revolución* N° 5. Otoño de 1999.

Castelo, Fernando: *La cuarta versión de Judas*, en Razón y Revolución nro. 9, otoño de 2002, reedición electrónica

